

ington se obligara á garantir por aquella parte la integridad de los dominios católicos y á no admitir ni reconocer como *libres e independientes* á aquellos pueblos, que el rey de España llamaba suyos.

¿Si pensaria el Sr. de Onís que aventurando esta proposicion ilegal, inhumana y escandalosa, ponía su espada en las manos del enemigo? En efecto, de allí en adelante ya no se empleó otra lógica que la energía de la necesidad. El Americano sintiéndose fuerte y agraviado, y palpando los embarazos de su contrario, le presenta el dilema: ¿ó se me entregan las Floridas en pago de mis justas reclamaciones y sin otra condicion; ó las ocupo por la fuerza y reconozco los nuevos gobiernos de la Hispano-América., La alternativa no dexaba que elegir. Se emplearon algunos subterfugios para dilatar el golpe, y ver si entre tanto se lograba excitar los celos de las otras naciones y especialmente de la Inglaterra, contra la ambicion de aquella gran república, cuya futura ignensidad debía causar terror. El Americano aguarda paciente con el rostro firme hácia todo el mundo, y á los veinte meses de firmado el tratado obtiene su ratificacion.

De este modo han logrado las Floridas su libertad: hoy forman parte de los R. U. y aunque *vendidas*, salen de la humillante servidumbre y del estado de languidez en que las ha mantenido por siglos la *madre patria*; pero, ¿qual seria la suerte de nuestros otros pueblos que encontrasen diferentes compradores? Ella se diferenciaria de la de las Floridas, como se diferencia la de un esclavo comprado por su amigo para darle libertad, de la de otro comprado por su enemigo para servirse de él, conservando ó empeorando su esclavitud. Las naciones mas libres son siempre despóticas en sus colonias: tú lo has visto en las Antillas, donde la Gran-Bretaña, que es la cuna de la libertad del mundo moderno, hace gemir á sus habitantes baxo el monopolio de la madre-patria, y en algunas de ellas habrás hallado gefes, que nada envidiarían á los Vasconcelos, á los Emparan, á los Morillos, á los Sámanos.

Origen de la corrupcion de las sociedades (), y medios de repararla.*

Los primeros hombres, errantes en los bosques y en las orillas de los rios, empleados en la caza y en la pesca, rodeados de riesgos, asaltados de enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles, y acozados por las bestias feroces, debieron sentir su debilidad individual, y movidos de una necesidad comun de seguridad, y de un sentimiento recíproco de los mismos males, reunieron sus medios y sus fuerzas; y quando uno corrió un peligro, muchos le ayudaron y socorrieron; quando uno careció de subsistencia, otro le dió una parte de la suya: y de este modo los hombres se asociaron para asegurar su existencia, para aumentar sus facultades, para proteger sus gozes; y el amor de sí mismo fué el principio de la sociedad.

Instruidos despues por la prueba repetida de diversos accidentes, por las fatigas de una vida vagabunda, por las inquietudes de frecuentes hambres, entraron los hombres en cuenta consigo mismos, y se dixeron: ¿Porqué hemos de emplear nuestros dias en buscar frutos esparcidos sobre una tierra estéril? ¿Por qué hemos de inquietarnos, persiguiendo brutos que suelen escapárseenos en los bosques y los rios? ¿Por qué no reunirémos baxo nuestra mano los animales que nos sustentan? ¿Por qué no hemos de aplicar nuestros es-

(*) Velyne, autor del bello trozo que insertamos, es un sabio tan apreciable, como peligroso para los ignorantes y jóvenes: apreciable, por el acierto y tino con que discurre sobre una materia hasta aquí muy desatendida de los publicistas; peligroso, por el veneno que derrama en los últimos capítulos de su obra, y que inficna no pocas cláusulas y aun páginas enteras de los primeros diez y ocho. Nosotros quisieramos que nuestros grandes maestros de Teología, que al estudio de las ciencias sagradas han juntado el de las naturales y políticas, se aplicasen á expurgar este género de obras de los errores que contienen, ciñéndose á esto solamente sin mutilarlas hasta desfigurarlas del todo, como lo hizo en España el Duque de Almodovar con el célebre Raynal. Entre los dos extremos de privar á los niños de la rosa por temor de las espinas que la guardan en la mata, y ofrecersela con ellas á riesgo de que se hieran, hay el justo medio de presentarsela enteramente despojada de ellas.

micos á su multiplicacion y defensa? Nos alimentaremos entónces con sus productos; nos vestiremos de sus despojos, y viviremos exentos de las fatigas del día, y de los cuidados de lo futuro. Y los hombres ayudándose unos á otros cogieron el cabrito ligero, la oveja tímida, el camello paciente, el toro indómito, el caballo fogoso; y celebrando su industria, descansaron con alegría de su corazon, y començaron á gozar del reposo de las comodidades; y el amor de sí mismo, principio de todo raciocinio, fué el motor de todas las artes y de todos los placeres.

Así que los hombres pudieron pasar los días entregados al reposo, y en la comunicacion de sus ideas, dirigieron sobre la tierra, sobre los cielos y sobre su propia existencia, las miradas de su curiosidad y de su reflexion: observaron el curso de las estaciones, la accion de los elementos, las propiedades de los frutos y las plantas, y aplicaron su espíritu á multiplicar sus medios de gozar.

Y habiendo observado en algunas comarcas, que ciertas semillas contenian baxo un pequeño volúmen una substancia sana, propia para poderse conservar y conducir á todas partes, imitaron el procedimiento de la naturaleza; esparcieron sobre la tierra el trigo, la cebada y el arroz, los quales fructificaron á medida de sus esperanzas; y habiendo encontrado el medio de obtener en un pequeño espacio, y sin mudar de sitio, muchas subsistencias é infinitas provisiones, construyeron casas estables, y formaron aldeas y ciudades; se reunieron en pueblos, y mas adelante en naciones numerosas; y el amor de sí mismo produjo todo el desarrollo del ingenio y del poder.

De este modo, y con el único auxilio de sus facultades, ha sabido elevarse el hombre por sí propio á la asombrosa altura de su fortuna presente. Y hubiera sido muy dichoso, si, observando escrupulosamente la ley impresa á su ser natural, hubiese llenado con fidelidad su único y verdadero objeto. Pero, por una imprudencia funesta, habiendo muchas veces desconocido, y otras transgredido sus límites, se ha confundido en un laberinto de errores é infortunios; y el amor de sí mismo, ya ciego, ya desarreglado, ha venido á ser un principio fecundo de calamidades.

En efecto, así que los hombres pudieron desenvolver sus facultades, enagenados por el atractivo de los objetos que alhagan los sentidos, se entregaron á los deseos mas desenfrenados. No les bastó ya la medida de las dulces sensaciones que la naturaleza habia ligado á sus verdaderas necesidades para hacerles apreciar su existencia; no contentos con los bienes que les ofrecia la tierra, ó que producía su industria, quisieron acumular gozes sobre gozes, y codiciaron los que poseian

sus semejantes. Y un hombre fuerte se levantó contra otro débil para arrebatarle el fruto de sus fatigas; y el débil convocó á otro débil para resistir á la violencia; y dos fuertes se dixeron: ¿A qué fatigar nuestros brazos para producir los regalos que se encuentran en poder de los débiles? Unámonos y despojémosles; ellos trabajarán por nosotros, y nosotros gozaremos de sus trabajos. Y los fuertes habiéndose asociado para la opresion, como los débiles para la resistencia, se aumentaren los hombres recíprocamente; y se estableció sobre la tierra una discordia general y funesta. En la qual reproduciéndose las pasiones baxo mil formas diversas, no han cesado de formar un encadenamiento sucesivo de calamidades. Así que ese mismo amor propio, que, moderado y prudente, era un principio de felicidad y de perfeccion, convertido en ciego y desordenado, se transformó en veneno corruptor; y la codicia, hija y compañera de la ignorancia, se ha hecho la causa de todos los males que han desolado la tierra.

Si, si, la ignorancia y la codicia he aquí el doble origen de todos los tormentos de la vida del hombre. En ellas consiste que haya formado ideas falsas de la felicidad, y desconocido ó quebrantado las leyes de la Naturaleza en sus relaciones con los objetos exteriores, y que perjudicando á su existencia haya violado la moral individual: en ellas consiste que cerrando su corazon á toda compasion, y su espíritu á la equidad, ha vejado y afligido á su semejante, y violado la moral de la sociedad. Por la ignorancia y la codicia, ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu, y la tierra se ha vuelto un teatro sangriento de discordia y latrocinio: por la ignorancia y la codicia, fermentando una secreta guerra en el seno de cada estado, se han desunido entre sí los ciudadanos; y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y en esclavos; por ellas, insolentes y atrevidos los gefes de una nacion han forjado las cadenas en su mismo seno, y la codicia mercenaria ha fundado el despotismo político, por ellas en fin se han desnaturalizado las ideas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio; y las naciones se han extraviado en un caos de errores y de calamidades. ¡La codicia del hombre y su ignorancia!.... he aquí los genios malignos que han perdido la tierra; he aquí los decretos del acaso, que han derrocado los imperios. Pero supuesto que fué del hombre de donde salieron todos los males que le han despedazado, en él fué donde debió encontrar los remedios y en él es donde deben buscarse.

No tardó mucho tiempo en que fatigados los hombres de los males que recíprocamente se causaban, suspiraron por la paz; y re-

flexionando sobre sus infortunios y las causas que los producian dixeron: Nosotros nos dañamos mutuamente con nuestras pasiones; y por querer cada uno apoderarse de todo, resulta que ninguno posee nada: lo que hoy quita uno, mañana se lo arrebatara otro, y nuestra codicia recae sobre nosotros mismos. Instituyámos árbitros que juzguen nuestras pretensiones, y que pacifiquen nuestras discordias. Quando el fuerte se levantara contra el débil, el árbitro le reprimirá, y dispondrá de nuestros brazos para contener la violencia; y la vida y las propiedades de cada uno de nosotros se hallarán baxo la custodia y la proteccion comunes, y todos gozaremos de los bienes de la Naturaleza.

Así se formaron en el seno de las sociedades ciertos convenios tácitos ó expresos, que viniéron á ser la regla de las acciones de los particulares, la medida de sus derechos, la ley de sus relaciones reciprocas; y se pusieron delante algunos hombres para hacerlas observar, y el pueblo les entregó la balanza para pesar los derechos, y la espada para castigar las transgresiones.

Entónces se estableció entre los individuos un feliz equilibrio de fuerzas y de accion, que constituyó la seguridad comun. El nombre de equidad y de justicia fué reconocido y reverenciado sobre la tierra; cada hombre pudo gozar en paz de los frutos de su trabajo, se dedicó enteramente á los movimientos de su alma; y suscitada y sostenida su actividad por la esperanza ó por la real y verdadera posesion de los placeres, hizo germinar todas las riquezas del arte y la naturaleza; los campos se cubrieron de mieses, los vall's de ganados, las colinas de frutos, la mar de buques; y el hombre fué feliz y poderoso sobre la tierra.

De esta suerte el desórden que produjo su imprudencia, lo reparó su propia sabiduría; y esta sabiduría fué tambien un efecto de las leyes de la naturaleza en la organizacion de su ser. Para asegurar sus propios gozes, respetó los ajenos: y la codicia halló su correctivo en el amor ilustrado de sí mismo.

Por consecuencia el amor de sí mismo, móvil eterno de todo individuo, vino á ser la base necesaria de toda sociedad: y de la observancia de esta ley natural dependió la suerte de todas las naciones. Quando las leyes facticias y convencionales lograron su objeto y llenaron su destino, el hombre, movido por un instinto poderoso, desplegó todas las facultades de su ser; y de la multitud de felicidades particulares se compuso la felicidad pública. Pero quando estas leyes coartaron la tendencia del hombre hacia su felicidad, privado su corazon entónces de los móviles verdaderos se debilitó en la inaccion, y el decaimiento de los individuos produjo la debilidad pública.

Así que, como el amor de sí mismo, imprudente é impetuoso, instiga sin cesar al hombre contra su semejante, y trabaja siempre para disolver la sociedad, el arte de las leyes y la virtud de sus agentes deben templar el conflicto de las pasiones, mantener el equilibrio entre las fuerzas, y asegurar á cada uno su bien-estar, á fin de que en el choque de sociedad con sociedad tengan todos los miembros un mismo interes en la censervacion y en la defensa de la causa pública.

Por consiguiente el esplendor y la prosperidad de los imperios han dependido interiormente de la equidad de los gobiernos y las leyes; y su poder respectivo ha tenido por medida en lo exterior el número de los intereses particulares, y el grado de adhesion á la causa pública.

Por otra parte, habiendo hecho la multiplicacion de los hombres mas difícil el señalamiento de sus derechos reciprocos, por la complicacion de sus relaciones; habiendo suscitado la lucha perpetua de sus pasiones incidentes imprevistos; habiendo sido los convenios viciosos, insuficientes ó nulos; y en fin habiendo ya desconocido, ya ocultado su objeto los autores de las leyes; y habiéndose dexado arrastrar sus ministros por su propia codicia, en vez de sujetar la ajená; todas estas causas introduxeron en las sociedades la turbacion y el desórden: y el vicio de las leyes y la injusticia de los gobiernos, derivados de la codicia y de la ignorancia, han sido los móviles de las desgracias de los pueblos y del trastorno de los estados.

Por donde quiera que tendamos la vista, hallaremos que si un pueblo es poderoso, si un imperio prospera, es porque las leyes convencionales estan conformes con las leyes de la naturaleza; es porque el gobierno proporciona á los hombres el uso respectivamente libre de sus facultades, la seguridad igual de sus personas y de sus propiedades. Si al contrario un imperio se arruina ó se disuelve, es porque las leyes son viciosas é imperfectas, ó porque el gobierno corrompido las quebranta. Y si las leyes y los gobiernos, al principio sabios y justos, se depraban, despues, esta alternativa de bien y de mal pende de la naturaleza del corazon humano, de la sucesion de sus inclinaciones, del progreso de sus conocimientos, de la combinacion de las circunstancias y de los sucesos, como lo acredita la historia de la especie humana.

En la infancia de las naciones, quando los hombres vivian todavéa en los bosques, sujetos todos á las mismas necesidades, y dotados todos de las propias facultades, eran casi iguales en fuerzas; y esta igualdad fué una circunstancia fecunda de ventajas en la organizacion de las sociedades: siendo por ella cada individuo independiente de otro, ninguno fué esclavo, ni tuvo la pretension de ser do-

minador. El hombre nuevo ni conocía la servidumbre, ni la tiranía; provisto de los medios suficientes á su bien-estar, no pensó en adquirir otros estruños. No debiendo nada, no exigiendo nada, juzgaba de los derechos ajenos por los suyos, y tenía ideas exactas de la justicia; ignorando por otra parte el arte de gozar, no sabía producir sino lo necesario; y por falta de superfluidades estaba embotada la codicia: mas si esta se atrevía á despertar, se la resistía con vigor el hombre á quien querían privar de lo preciso á sus verdaderas necesidades, y la sola opinion de esta resistencia conservaba un justo equilibrio.

Así pues, la igualdad original, á falta de convenios, mantenía la libertad de las personas, la seguridad de las propiedades, y producía las buenas costumbres y el orden. Cada uno trabajaba por sí y para sí; y el corazón del hombre ocupado no experimentaba deseos culpables. El hombre gozaba poco, pero satisfacía sus necesidades; y como la naturaleza indulgente las hizo inferiores al poder de satisfacerlas, el trabajo de sus manos produjo muy luego la abundancia, y esta la población: se desplegaron las artes, se extendió el cultivo, y la tierra cubierta de numerosos habitantes se dividió en diversos dominios. Luego que se fueron complicando las relaciones de los hombres, se hizo mas difícil de mantener el orden de las sociedades.

El tiempo y la industria engendraron las riquezas, y la codicia se hizo mas activa; y porque la igualdad, fácil entre los individuos, no pudo subsistir entre las familias, se rompió el equilibrio natural: fue preciso entonces substituirle un equilibrio facticio; fue preciso tambien nombrar jefes, establecer leyes, y debió suceder en la inexperiencia primitiva que siendo ocasionadas por la codicia, debieron participar de su carácter; pero varias circunstancias contribuyeron á moderar el desorden, y á que los gobiernos se viesen en la necesidad de ser justos.

En efecto, siendo los estados al principio débiles, y debiendo temer los enemigos externos, importó mucho á los jefes no oprimir á sus súbditos; pues si hubiesen disminuido el amor de los ciudadanos á su gobierno, hubieran disminuido tambien sus medios de resistencia; hubieran facilitado las invasiones extranjeras, y, por medio de pretensiones injustas, comprometido su propia existencia.

En lo interior, el carácter de los pueblos repelia la tiranía. Los hombres habian contraido antiguos hábitos de independencia; tenían muy pocas necesidades, y un conocimiento muy positivo de sus propias fuerzas. Como los estados eran pequeños, era difícil desunir los ciudadanos para oprimir los unos por los otros: se comunicaban con demasiada facilidad, y eran muy claros y muy sensa-

bles sus derechos. Mas de que siendo propietarios y cultivadores todos los hombres, ninguno tenía necesidad de venderse á otro, y el déspota no habria hallado mercenarios.

Si se suscitaban disensiones, era de familia á familia, de faccion á faccion, y los intereses eran siempre comunes á un gran número de individuos; las turbulencias eran seguramente mas vivas, pero el temor de los extrangeros apagaba las discordias: si la opresion de un partido lograba consolidarse, hallándose la tierra libre, y encontrando los hombres sencillos en todas partes las mismas ventajas, el partido oprimido emigraba, y llevaba á otra parte su independencia.

Los antiguos estados gozaban por lo tanto en sí mismos de infinitos medios de prosperidad y de poder: quando el hombre hallaba su bien-estar en la constitucion de su país, tomaba un vivo interes en conservarle; si un extraño lo atacaba, como que defendía su hacienda y su casa, llevaba á los combates la pasión de una causa personal, y el sacrificio de sí mismo ocasionaba el sacrificio por la patria.

Y porque toda accion útil al público atraía su estimacion y su reconocimiento, cada qual procuraba ser útil, y el amor propio multiplicaba los talentos y las virtudes civiles.

Y porque todo ciudadano contribuía igualmente con sus bienes y su persona, eran inagotables los ejércitos y las rentas públicas, y las naciones desplegaban unas masas respetables de fuerzas.

Y porque la tierra era libre, y su posesion segura y fácil, cada uno de por sí era propietario; y la subdivision de las propiedades conservaba las costumbres é impedía el lujo.

Y porque cada qual cultivaba por sí mismo, el cultivo era mas activo, los productos mas abundantes, y la riqueza particular constituía la opulencia pública.

Y porque la abundancia de los productos facilitaba la subsistencia, la población fué rápida y numerosa, y los estados llegaron en breve al termino de su esplendor.

Y porque hubo mas productos que consumos, nació la necesidad de comerciar, y se hicieron cambios de pueblo á pueblo, que aumentaron su actividad y sus gozes respectivos.

Y porque ciertos parages, en ciertas épocas reunieron la ventaja de ser bien gobernados á la de estar situados en el camino de la mas activa circulacion, se hicieron escalas florecientes de comercio, y puntos poderosos de dominacion. Y sobre las orillas del Nilo y del Mediterráneo, del Tigris y del Eufrates, las riquezas reunidas de la India y de la Europa levantaron sucesivamente cien metrópolis á su mayor altura.